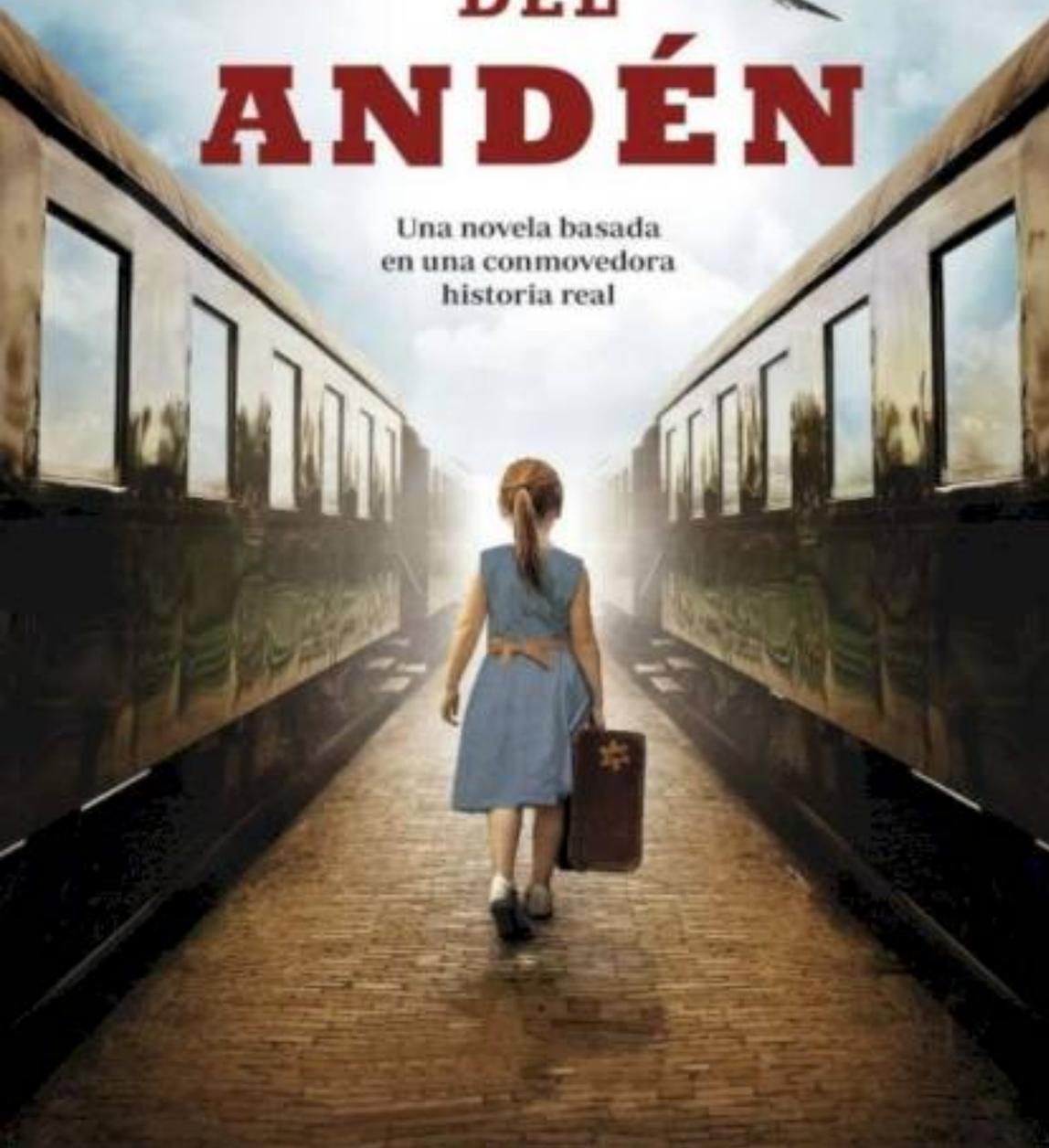


GILL THOMPSON

LA
NIÑA
DEL
ANDÉN

Una novela basada
en una conmovedora
historia real



De los lugares más oscuros, nace un viaje hacia la esperanza.

Inspirada en la labor humanitaria de Nicholas Winton, que salvó a cientos de niños del Holocausto.

En la Praga de 1939, la joven Eva sabe que la única manera de salvar a su pequeña Miriam de los nazis es enviándola lejos, muy lejos, incluso si eso significa no volver a verla jamás. La niña, sola, sube a uno de los trenes que la alejará, como a muchos otros, para siempre de su familia.

En Londres, Pamela no siente que la guerra se acerca. La ciudad es como una isla en medio de la ola de terror que empieza a recorrer Europa. Pero pronto los rumores llegan hasta ella y decide implicarse como voluntaria, buscando familias a los pequeños procedentes del continente.

Desde Checoslovaquia a Inglaterra, La niña del andén relata la experiencia de cientos de niños que escaparon del Holocausto gracias a los trenes del Kindertransport, una historia conmovedora sobre el coraje de dos mujeres, los sacrificios de una madre y la generosidad en tiempos difíciles.

*Para Leonie y Corinne,
de vuestra abuela, que os quiere y os adora*

«Si entender es imposible, conocer es
imperativo,
porque lo que sucedió podría repetirse».
PRIMO LEVI

Prólogo

Praga, 1930

Eva ya había echado hacia atrás la banqueta del piano, y estaba a punto de guardar en la cartera los cuadernos de música, cuando el profesor Novotny levantó la mano para detenerla.

—Solo un momento más, pequeña. —Su afilado dedo apuntó al cielo, imitando el número mencionado—. Me gustaría que te llevaras a casa una pieza.

Mientras el profesor revisaba la oscilante torre de partituras que había encima del piano, Eva miró el reloj de madera de la pared. Las cuatro y media. Esperaba que aquello acabara pronto. La sala de ensayos del conservatorio estaba ya más oscura que cuando había empezado la clase y las sombras se alargaban en el suelo. «Vamos, vamos». Apoyó las yemas de los dedos en las teclas amarillas para tranquilizarse al contacto con el frío marfil.

—Ah, aquí está. —El profesor Novotny resoplaba a causa del esfuerzo que le había costado encontrar la partitura—. Hector Berlioz. Es una villanella, de *Les nuits d'été*. Una de las obras menos conocidas del compositor. —Encendió la lámpara del techo y la habitación se iluminó.

—¿Una villa... nella?

A pesar de la prisa, la muchacha se sintió intrigada. Se levantó cuando el profesor le indicó con la mano que se echara a un lado del piano, para que viera cómo tocaba él.

—Sí. Una canción secular italiana. —El profesor se sentó en la acolchada banquetta, produciendo un ruido blando y susurrante—. Esta es una celebración de la primavera y de un nuevo amor. Una pieza perfecta para una muchacha. — Se caló las gafas que le colgaban del cuello, como si se preparase para tocar, pero volvió a quitárselas. Las gafas, pendientes del cordón, se balancearon sueltas—. El año que viene habrá un concierto en el Rudolfinum, un homenaje a la obra de Berlioz. He pensado que podrías interpretar la villanella. Sería tu primera aparición pública en solitario.

Eva lanzó un bufido de protesta, pero el profesor agitó la mano ante ella.

—Los certámenes infantiles en que participaste no cuentan.

«¡Certámenes infantiles!». Eva enderezó la espalda. ¿Acaso no los había ganado todos? Incluso el prestigioso Premio Dvořák para Jóvenes Talentos. Por su cabeza pasó una imagen, un recuerdo, el momento de levantar la pesada copa de metal y el rumor creciente de los aplausos.

El profesor apoyó las dobladas páginas de música en las guías metálicas del soporte.

—La tocaré un poco. Por favor, pasa las páginas. —Volvió a calarse las gafas.

Eva se puso detrás de él, esforzándose por permanecer inmóvil; habría sido una grosería parecer impaciente. Pero por dentro deseaba que el profesor Novotny tocara solo unos cuantos compases. Sabía que la trataba con severa disciplina porque estaba orgulloso de ella, y ella ponía todo el interés de que era capaz, pero las barrocas manecillas del reloj indicaban que eran ya las cinco menos veinte. Y aquel día, precisamente aquel, no podía permitirse el lujo de retrasarse.

—Escucha. Oirás a los amantes vagar por el bosque y recoger fresas silvestres.

Eva se sonrojó al oír la palabra «amantes». A veces el profesor le hablaba como si tuviera más de dieciséis años. Pero cuando empezó a oír las notas, oyó también un ligero rumor de pasos y sintió en la cara la frescura de la brisa primaveral.

Miró por encima del hombro del profesor. Bajo sus ahusados dedos, las notas que corrían por el papel pautado se transformaban en una melodía etérea. Burlona, jovial. Eva siempre había visto las notas como si fueran personas. Las filas de corcheas agrupadas —las corcheas y semicorcheas son las notas de menor duración— eran como equipos de jóvenes desgarrados que calzaban botas de fútbol al final de sus largas piernas; o coros de esbeltas bailarinas que ejecutaban la *lúcnic*a con zapatos negros y los brazos enlazados. Las negras aisladas —que duran el doble que las corcheas— eran profesores, tiesos como el palo de una escoba, delante de sus alumnos. Y las blancas, las largas blancas, eran poderosos generales que ordenaban a sus soldados que estuvieran firmes e inmóviles. Pero si Eva tuviera que ser una nota, habría querido ser una realmente larga: una breve, fuerte y solitaria, rodeada de espacio y silencio.

El profesor terminó de tocar con una frase de adorno y le alargó la partitura.

—Deberes para casa. Empieza esta misma noche.

Las notas siguieron flotando en el aire hasta que el cercano ocaso otoñal ahogó la promesa primaveral de la melodía. El sol debía de estar ya muy cerca del horizonte. Eva sintió un tirón en el estómago. En su cabeza empezó a insinuarse un latido, un *allegro*.

Guardó la partitura en la cartera y se puso el abrigo.

—Gracias, profesor Novotny. Procuraré practicar.

—Practica, practica. En la próxima clase quiero oírtela tocar a la perfección.

—Desde luego.

La mano de Eva estaba ya en el tirador de la puerta y sus dedos se cerraron alrededor de la pulida y grasienta su-

perficie. Echó una última mirada al reloj: casi las cinco. La dichosa villanella había consumido más tiempo del que había percibido. Ahora tendría que correr como una liebre.

—Adiós, pequeña.

—Adiós, profesor Novotny. Y gracias por la clase.

El profesor inclinó la cabeza y la lámpara del techo iluminó su mondo cuero cabelludo. Eva salió corriendo.

Corrió por las ensombrecidas calles con la cartera de música bajo el brazo, con fuego en el pecho y la respiración entrecortada. A pesar de su urgencia, la melodía de Berlioz seguía bailoteando en su cabeza y tendía a adaptar sus pasos a los acordes que las moteadas manos del profesor Novotny habían arrancado a las teclas. Se veía corriendo por el bosque con su amado, lejos de los sofocantes confines de la ciudad, con los sentidos atentos al canto de los pájaros y al penetrante perfume de las fresas. Sentía el aliento del joven en la mejilla, la boca del joven en la suya y tal vez también —si su piel no hubiera sido sonrosada se habría sonrojado del todo— el cuerpo del joven pegado al suyo. El fuerte olor a café que salía por debajo de la puerta del Kotva le recordó dónde estaba. Al pasar por delante de la cafetería entrevió figuras en sombras que se llevaban tazas a los labios, gesticulaban mientras hablaban y expulsaban nubecillas de humo de los cigarrillos Stuyvesant, la brasa de cuyas puntas brillaba roja en la oscuridad. Qué placer poder quedarse en aquellas mesas con las amistades y no verse obligada a correr a casa por culpa del toque de queda.

Eva levantó la cabeza hacia el sol poniente. *Mutti* habría terminado ya las faenas domésticas, la *jalá* estaría ya cocida y esperando en el paño de encaje, con la hinchada y trenzada corteza resplandeciendo a causa del baño de huevo y oliendo a pan recién hecho. Se habría puesto el vestido gris y el pañuelo de gasa en la cabeza y habría bajado a encen-

der las velas. Los candeleros de plata brillarían porque ella misma los había pulido.

Abba, con su traje negro y su taled, habría llenado el cáliz del *kidush* con vino dulce y habría ensayado en voz baja la bendición de las hijas que pronunciaría en voz alta más tarde, con sus cálidas manos en la cabeza de Eva:

Que seas como Sara, Rebeca, Raquel y Lía.

Que Dios te bendiga y te guarde.

Que Dios te favorezca y sea generoso contigo.

Que Dios te muestre su bondad y te dé paz.

Si Abba hubiera tenido hijos, habría pedido a Dios que fueran como Efraín y Manasés, dos hermanos que vivieron en armonía. Pero no había tenido hijos. Solo a Eva. Hija única y querida.

Ya se veía flotando la niebla procedente del Moldava y Eva aspiró el aire húmedo mientras seguía corriendo por la acera. No se atrevió a detenerse para toser con firmeza, así que procuró aclararse la garganta respirando superficialmente mientras corría. No estaba acostumbrada a ir tan deprisa. La clase terminaba antes casi todos los días y podía ir andando al Josefov, la judería, por calles bien iluminadas. Pero caía la noche y la ruta más corta para ir allí pasaba por el cementerio.

Toda ella vibró con un animado latido. ¿Se atrevería? Puede que cerraran con el toque de queda. *Mutti* le había dicho muchas veces que no se apartara de las calles principales, llenas de gente que volvía del trabajo. Era un camino más largo, pero seguro. A pesar de todo, Eva se detuvo en la acera para observar el sinuoso sendero que cruzaba las tumbas. Las viejas lápidas estaban apelotonadas, como si las fosas se hubieran cavado a toda velocidad, no en filas ordenadas como en los cementerios modernos. El viento soplabá entre los árboles y las ramas temblaban. Para amortiguar los saltos del corazón imaginó que estaba en el Rudolfinum, tocando en un Steinway negro y resplande-

ciente, ante un público sin rostro que escuchaba su ejecución pasmado y en silencio.

Apoyó la palma en una de las puertas de metal oscuro y esta cedió lentamente. Puede que fuera una señal de que debía cruzar el cementerio. Así recuperaría parte del tiempo perdido.

Tratando de revivir la melodía de Berlioz, de recordar las emociones de la primavera y de sofocar las inquietudes del otoño, se coló por la puerta. El rocío había caído ya y las hojas que pisaba estaban húmedas. Sus medias arrastraban hierbajos que tenía que desprenderse sacudiendo las piernas. Allí no tenía sentido correr; las lápidas estaban demasiado juntas, el sendero trazaba demasiadas curvas. Pero de todos modos apretó el paso, atenta a cualquier peligro.

Los castaños de Indias y los sicomoros filtraban los oblicuos rayos del sol. Las lápidas flanqueaban el sendero con la superficie cubierta por viejos símbolos y caracteres antiguos. Abba le había dicho en cierta ocasión que en algunas tumbas había enterrados hasta diez difuntos, unos encima de otros, para ahorrar espacio. Eva se estremeció a pesar del abrigo de sarga.

Había recorrido ya la mitad del camino cuando oyó fuertes pisadas de botas, una risa áspera y una tos chirriante. Se quedó petrificada.

—¿Quién está ahí?

No respondió nadie, pero al otro lado de las oscuras lápidas entrevió una tela del color de las galletas. Sintió que la sangre le corría a toda velocidad por los oídos.

—¿Quién está ahí? —repitió. La voz le salió cascada.

Detrás de un árbol apareció una figura uniformada. Era un joven, no tendría ni veinte años, con un mechón de pelo rubio que le caía por la frente.

—¿Qué tenemos aquí? ¿Una señorita? —dijo con voz burlona y lasciva.

Eva se ciñó el abrigo con fuerza y procuró no hacer caso del galope de su corazón desbocado.

Entonces apareció otro joven. Luego otro. Eva dio media vuelta. Detrás de ella aparecieron otros dos. Estaba rodeada. Eran cinco soldados jóvenes y los cinco llevaban brazaletes rojos.

¿Era lo que *Mutti* había temido al advertirle que no se internara en el cementerio? Eva había dicho que sí con la cabeza en su momento, solemnemente, pero mentalmente había desestimado el consejo materno. Todas las madres decían lo mismo. ¿O no? Naturalmente, tenía cuidado. Aunque en los últimos tiempos incluso ella se había sentido incómoda al ver a jóvenes alemanes parados en las esquinas, murmurando entre sí y señalando a los viandantes. Aquellas Juventudes Hitlerianas parecían estar últimamente en todas partes.

Rodeada por el grupo de jóvenes amenazadores y con aquel uniforme tan inconfundible, lamentó no haberse tomado más en serio la advertencia de *Mutti* y también su propio retraso. La saliva se le acumuló en la boca; tenía la garganta demasiado seca para tragar.

El primer muchacho se le acercó.

—No tengas miedo, preciosa.

Eva se mantuvo firme e hizo un esfuerzo para que no se le notara el pánico. Pero cuando abrió la boca para pedir socorro, el muchacho se lanzó sobre ella y se la tapó con la mano.

Miró aterrorizada a los otros jóvenes.

El muchacho aflojó la presión de la mano, pero no la bajó, por si la chica quería gritar otra vez.

Eva apretó los puños.

—Qué ropa tan bonita —murmuró el joven, bajando la mano para acariciarla por encima del abrigo. Eva sufría sacudidas involuntarias y no podía impedir que el aliento agrio de él le envolviese la cara.

El muchacho, poco a poco, le desabrochó los botones grises del abrigo. Los otros jóvenes miraban y esperaban.

—Sujetadle los brazos.

Eva forcejeó cuando quiso quitarle el abrigo, pero el que estaba detrás de ella la asió por las muñecas hasta que le arrancaron la prenda y la arrojaron al suelo.

El chico se acercó a ella otra vez. Le acarició las mejillas con suavidad, le pasó un dedo por la barbilla y lo bajó por el cuello y la yugular. Levantó con cuidado la cadena de oro que Eva llevaba siempre. Ella estaba como hechizada, a pesar de su miedo.

—Bonito collar. —Fue casi un susurro.

¿Quería robárselo? Eva introdujo un dedo por debajo de la cadena y tiró de ella para que él pudiese ver la estrella de oro que colgaba del extremo, la estrella que solía llevar oculta bajo la blusa.

El muchacho se la quitó sin brusquedad ni violencia, abriéndole los dedos uno por uno, y levantó la estrella para verla a la luz decreciente del atardecer.

La cadena se hundió en la nuca de la joven, que se quejó en silencio.

—Muy interesante. —La miraba a ella, pero había hablado para sus compañeros, que se burlaron y rompieron a reír.

El hechizo se había roto. El joven soltó el colgante con brusquedad.

—No la quiero. —Sus facciones se endurecieron y dio un empujón a Eva—. Es toda tuya, Otto. —Giró sobre sus talones y llamó por señas al joven más bajo del grupo.

Eva dejó escapar el aire que retenía del modo más silencioso que pudo. ¿Se atrevería a escapar? El chico que parecía tener la iniciativa le daba la espalda ahora; puede que fuera su oportunidad. Bajó la cabeza para echar a correr hacia el hueco que se había abierto en el círculo.

Pero el joven de menor estatura fue empujado por sus guasones compañeros, y el cerco se estrechó para impedir que el joven escapara y con ello se cerró al mismo tiempo la única salida que había visto Eva.

El chico en cuestión se acercó a Eva. Era delgado, poca cosa, con el pelo tan rubio que casi parecía blanco y unas pestañas tan claras que apenas se veían.

Si hubieran estado solos, Eva se habría podido defender. No era cobarde. Habría propinado patadas, puñetazos y escupitajos hasta que el chico la hubiera dejado en paz. Pero rodeada por un muro de soldados rijosos, no tenía escapatoria. Echó las manos a la espalda y sus dedos recorrieron la parte superior de una lápida, en busca de algo con que defenderse. Pero si alguna vez había habido piedras en el borde, habían desaparecido hacía mucho.

—Vamos, Otto, no tendrás miedo, ¿verdad? —El muchacho del principio, que había retrocedido para integrarse en el muro, incitaba al chico que estaba ya delante de Eva.

—Venga, vamos, Otto, que se nos congelan las pelotas.

El chico rio dejando escapar un graznido extraño y escalofriante que reveló su nerviosismo.

Aunque los jóvenes se expresaban en alemán, Eva los entendía a la perfección. Todas las familias del Josefov hablaban alemán en casa. El estómago de Eva se contrajo. El aire entraba en sus pulmones con una especie de gemido.

—Por favor, no me hagas daño, mis padres me están esperando. —La voz le salió aflautada. ¿Por qué no hablaba de un modo más amenazador? Puede que obtuviera algo si apelaba al sentido del honor del chico. Este parecía vacilar; a lo mejor conseguía convencerlo. Si era capaz de entender lo importante que era para ella llegar a casa, a lo mejor la dejaba en paz.

Pero como sus compañeros lo abucheaban y al mismo tiempo lo animaban haciendo gestos extraños con las manos, el chico respondió a las ruidosas provocaciones. Entornó los ojos y apretó los labios con amenazadora determinación. Arrancó un gargajo y se lo lanzó. Eva, demasiado aterrorizada para limpiarse, dejó que la flema le corriese mejilla abajo.

Acto seguido, el chico alargó la mano y le arrancó el colgante. La cadena se rompió inmediatamente y quedó abandonada entre las hojas mustias de otoño. El grupo lanzó un grito de triunfo.

Otro joven le rasgó la blusa tirando de ella violentamente. Otra aclamación.

Todos se lanzaron entonces sobre ella, le rasgaron la falda y las medias con tirones frenéticos, sus caras tensas y sudorosas se contraían a la luz de la luna y el aire se espesaba con el aliento cervecero que exhalaban. Y mientras tanto cantaban una desagradable canción de borrachos que brotaba de sus gargantas como mugidos estentóreos, monótonos y desapacibles.

Eva cruzó los brazos sobre el pecho para proteger con todas sus fuerzas la combinación de color crema. Pero uno le asió las muñecas, le apartó los brazos y le quitó la prenda dándole tirones y rompiendo el delicado tejido que *Mutti* había cosido a mano.

La empujaron y cayó de espaldas, aún con el abrigo puesto. El blando forro de la prenda amortiguó el golpe que recibió en la cabeza al darse contra el suelo.

Los muchachos volvieron a lanzarse sobre ella.

Lo primero que penetró en su conciencia fue que un búho ululaba lastimeramente en el aire frío. Sus dedos se hundieron en la tierra húmeda; en sus fosas nasales entró el olor mohoso de las hojas. Pero el hedor animal de su propia sangre seguía allí. Encogió el magullado cuerpo hasta formar una bola, para tapar el negro miasma y borrar el recuerdo de la risa nerviosa del chico.

La hora de la bendición del *sabbat* había pasado hacía mucho. Los angustiados padres de Eva estarían en aquellos momentos ante una mesa vacía y preguntándose por enésima vez dónde estaría su devota y obediente hija, que sabía

muy bien que todos los buenos judíos debían estar en casa al caer la noche de aquel santísimo día.